

Á MI PATRIA
UN PENSAMIENTO INDEPENDIENTE,
UNA FRANCA PALABRA,
UN AFECTO ACTIVO,
DESEANDO QUE APRECIE Y COMPRENDA
ESTA HISTORIA SOCIAL.

Ne auferas de ore meo verbum veritatis usque-
quaque... Loquebar de testimoniis tuis in conspectu
regum, et non confundebar... Narraverunt mihi iniqui
fabulationes, sed non ut lex tua... Feci iudicium et
justitiam: ne tradas me calumniatoribus me.

Salmo 118.

DISCURSO
SOBRE LA
HISTORIA UNIVERSAL

Ninguna ciencia satisface tan completamente como la Historia la inmensa necesidad de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno que la humanidad siente mas imperiosamente á medida que mas adelanta en su camino. Nuevos nosotros en este mundo y sucesores de aquellos que, conociéndolo apénas, lo abandonaron; anillos temporales de la cadena en la cual, á pesar de la destruccion de los individuos, se perpetúa la especie, ¿ cómo podríamos dirigirnos si estuviéramos atenidos solamente á la propia experiencia? En poco superiores á los brutos, y acaso mas desgraciados que ellos; guiados por el instinto del placer ó el imperio de la necesidad, nos pareceríamos al niño nacido á media noche, que al ver salir el sol, lo creyera acabado de crear en aquel momento.

Nos acostumbran á la vida y nos anticipan las preciosas, pero caras lecciones de la experiencia, el estudio de los hombres y el de los libros, real é inmediato el uno, mas extenso en variedad y duracion el otro, imperfectos entrambos, si se dividen. La Historia, que en los libros atesora los estudios hechos acerca del hombre, combina perfectamente estas dos lecciones y forma la mejor transicion de la teoría á la práctica, de la escuela á la sociedad.

Pero si se limita á una vasta coleccion de hechos, de los cuales pretende el hombre deducir la norma para obrar en circunstancias semejantes, serán insuficientes é inútiles sus lecciones, porque nunca se reproducen los sucesos con iguales accidentes. Mas alta importancia adquiere cuando considera los hechos como una palabra sucesiva, que mas ó ménos claramente manifiesta los mandatos de la Providencia; cuando los enlaza, no con la idea de utilidad parcial, sino con una ley eterna de caridad y de justicia; cuando no se contenta con descubrir, envenenar y contemplar tristemente las llagas sociales, sino que hace que los dolores sufridos por los antepasados, y las lecciones de las grandes desventuras redunden en provecho de las generaciones venideras. Entónces nos eleva sobre intereses efímeros, y mostrando que somos miembros de una asociacion universal que se dirige á la con-

quista de la virtud, de la doctrina, de la felicidad, dilata nuestra existencia á todos los siglos, nuestra patria á todo el mundo, nos hace contemporáneos de los grandes personajes, y nos manifiesta la necesidad de dejar con aumentos á nuestros sucesores la herencia que de nuestros padres recibimos. ¡ Qué pura satisfaccion alegra nuestra mente al contemplar desde puntos tan elevados la moral y la humanidad! Los parciales juicios que nos dicta el espíritu de partido al examinar á nuestros contemporáneos, callan ante otros mas justos y absolutos; de suerte que, vigorizándose el sentimiento moral, nos acostumbramos á no confundir lo bueno con lo útil, lo bello con lo que es conforme á las pasiones y á la opinion vulgar, y habituándonos á respetar los oráculos de una rigurosa justicia, á seguir los preceptos de una generosa y delicada simpatía, aprendemos á dirigir todos nuestros actos por las luces de la razon, y á guiarnos por esa clase de filantropía que confunde nuestra felicidad con la de todos.

Aun cuando la Historia no produjese otro bien mas que el de mitigar el cobarde egoismo, gangrena de la sociedad moderna, é impulsarnos á una generosidad activa y consoladora, indudablemente su importancia seria grande. Cuando pasiones combatidas ó dolores profundos nos hacen considerar al hombre puramente como individuo, ¡ qué disgusto no nos debe inspirar esa raza humana, loca ó perversa, orgullosa de espíritu ó flaca de voluntad, que perdida en un laberinto, cuya entrada no conoce, y segura de no encontrar la salida; impulsada por la violencia, ó rodeada del fraude, entre ciegos impulsos y amargas decepciones, lleva en pos de sí dolores y esperanzas por el breve tiempo que la desventura la disputa á la muerte! Disgustado el hombre de la alternativa de hostilidades encubiertas, de beneficios calculados, de caricias insidiosas, de insultante compasion; aturdido por el constante choque de frívolos intereses, entre la servil avaricia de algunos y la débil negligencia de los mas, entre viejos que rechazan hastiados todo progreso, y jóvenes que lo destruyen por acelerarlo, debe considerar al mundo como

dirigido por los caprichos del acaso, ó como miserable juguete de una potencia envidiosa, que se complace en ver sucumbir los mayores esfuerzos bajo los golpes de la vileza orgullosa y astuta. Entonces, temeroso ó desesperado, adopta como ley el gozar de la hora fugitiva y dice: « *Cojamos las rosas ántes que se marchiten; gocemos hoy, que mañana moriremos.* »

Pero cuando la Historia, inmortal conciudadana de todas las naciones, abraza con una mirada toda la humanidad, el espectáculo de la inmensa duracion modifica la idea de nuestra breve existencia; la melancólica ira del que se siente solo, da lugar al consuelo de hallarnos unidos fraternalmente con toda la familia humana, para completar la regeneracion del individuo y de la especie; y entre las desarregladas voluntades del hombre y la combinacion de accidentes, que solemos llamar fortuna, distinguimos una mano superior que guía los esfuerzos individuales á la conquista de la verdad y de la virtud, que hace que la victima de la violencia se trueque en maestra de sus perseguidores, y convierta en bienhechor de la humanidad al que ha sido su azote.

Entónces, viendo esa raza de pigmeos que se enseorea del Océano, modifica los climas, arranca el Egipto y la Holanda al mar, y hermosea con viñedos los bosques de Alemania, el hombre se persuade de que su razon y su libertad no son esclavas de la tierra donde nació, y enumerando la multitud de siglos y la de sus hermanos, trueca la idea de la impotencia, dolorosa como un remordimiento, en aquella confianza en sí propio y en los demas, que es la primera condicion de la dignidad comun. Aplicando la lógica á los hechos, encuentra y enlaza las causas con los efectos, en los cuales advierte ejemplos de cada virtud y de cada vicio, y de aquí deduce máximas de sabiduría y de prudencia, y adivina los límites señalados á la humanidad. Si se remonta á los tiempos antiguos y examina los siglos mas decantados, conoce que la dignidad humana ha sido cada vez mas respetada, y así no envidia la libertad de las selvas ni tampoco la de Atenas; y conformándose con su época, estudia las mejoras posibles, con la confianza de que han de realizarse y con la paciencia necesaria para no desear que se precipiten. Al mismo tiempo, de lo que hicieron los antepasados en nuestro favor, aprende el destino á que están llamados todos los pueblos y todos los siglos, y toma de lo pasado la fuerza suficiente para lanzarse al porvenir con madurez, con perseverancia, con esperanza enérgica y calculada. Si observa despues que cada edad se rie de la edad que la antecede ó se compadece de ella, que toda escuela moteja á su antagonista, que cada sistema pretende ser el único dueño absoluto de la verdad, que unos mismos hechos son pagados aquí con lauros, allá con suplicios, y que sin embargo, estos extravió y alternativas van aproximando cada vez mas el triunfo de las mejoras generales, su alma se inclina entónces

á la tolerancia. Tolerancia, digo, no indiferencia; no la duda vacilante é inactiva, sino el exámen imparcial de la lucha entre los principios de la libertad moral y de la servidumbre, de la justicia y del pecado, de las doctrinas y de las acciones de la inteligencia y de la fuerza; lucha en la cual se verifican mejoras, ni siquiera imaginadas por los que agitan la causa de la sociedad en las escuelas y en los gabinetes, en la tribuna ó en los campamentos.

Desde que el hombre conviene con la conciencia universal, en que el mejor medio de verificar el perfeccionamiento es la mayor libertad civil en armonía con el órden y con la equidad, encuentra reproducida en sí mismo la serie de sentimientos que por largos siglos se han desarrollado en toda la humanidad; ve renovada en los poderes individuales la lucha de los poderes políticos, y observa que cada hombre, lo mismo que cada nacion, se perfecciona con rapidez proporcionada al breve tiempo que vive sobre la tierra. ¡Y cuán útil no es la Historia para lograr la armonía de la razon con la inteligencia y la imaginacion, armonía en la cual estriba tanta parte de la felicidad! Ella es la que llenando el vacío desconsolador de afectos reales, da noble objeto en que se ocupen el amor y la admiracion, que ignorados ó mal comprendidos, ocasionan tantos tormentos. La activa fuerza que derrumba imperios y destruye instituciones en apariencia eternas, ofrece un consuelo al hombre cuando, en el transcurso de su vida, una esperanza frustra otra esperanza, un deseo otro deseo; cuando los afectos se oponen mutua resistencia, y cuando las mas brillantes ilusiones se disipan como los ensueños de una noche. Damos treguas entónces á débiles lamentos, tan injustos muchas veces como los del insecto que maldijera la lluvia que da vida á la hoja que le alimenta; y el dolor comun renueva y consolida en nuestra alma el sentimiento de la fraternidad. Estudiando la Historia, el corazon del débil se fortifica con la certeza de que por ténues que parezcan sus esfuerzos, cooperarán al triunfo universal. Mengua para el hombre que se arrastra bajamente en pos de la muchedumbre, y para el escritor que consume su ingenio en inútiles tareas, en imbecilidades corruptoras, entre mezquinas contiendas y victorias innobles, haciéndose cómplice de los fuertes y de los perversos en la obra de envilecer al público. Los grandes escuchan su voz como el triunfador de del esclavo colocado en su carroza para recordarle que era mortal. El infame que ha vendido á sus hermanos, tal vez logre ahogar por la fuerza las imprecaciones de sus contemporáneos; pero lee su porvenir en las alabanzas que Plutarco prodiga á la virtud y en la infamia que Tácito imprime sobre el vicio. Eternice un tirano su orgullo con pirámides; la Historia escribirá mas indeleblemente que sobre granito cuántas lágrimas costaron á un pueblo oprimido, y enseñará al justo encadenado las coronas tardías, pero seguras é inmortales, que á la virtud tiene reservadas.

¡Y cuánto no se ha aumentado la importancia de la Historia con las aplicaciones que de ella se han hecho á todas las ciencias, en una época en que se profesa el principio de no otorgar crédito mas que á los hechos, y en la cual se recurre solo á ellos para la solucion de todos los problemas! Allí aprende la literatura á conocerse á sí misma, en su origen y en sus adelantos, acostumbándose á no mirar nada con desden ni con idolatría; y la filosofía, para hallar las propiedades absolutas del ser, recoge las manifestaciones históricas, no aprobando ya las elucubraciones solitarias que dividen en la mente las cosas unidas en la naturaleza. La Historia, aun en lo mas útil, nunca separa la razon del ejemplo; no reniega de los hechos, como lo hacen ciertos teóricos, ni se adhiere demasiado á ellos como ciertos empíricos; no rechaza con los Epicúreos la justicia mientras observa los intereses, ni niega con los Platónicos que sea necesario el aguijon de la necesidad para los adelantos y descubrimientos. La Política (y comprendo bajo este nombre las ciencias de la legislación, de la administracion y de la jurisprudencia) aprende en la Historia el carácter de un pueblo, sus costumbres y su grado de civilizacion, para apreciar con mas acierto los elementos sociales, clasificarlos en el lugar que les corresponde, y hacerlos vivir en la sociedad, de la misma manera que se produjeron y vivieron en la Historia. La Economía política que investiga las leyes de la produccion, de la distribucion y del consumo de lo que sirve para el bienestar de los pueblos, no puede sacar sino de los hechos recogidos por la Historia la teoría matemática de la sociedad civil, la totalidad relativa de las mutuas relaciones individuales, y el equilibrio entre las necesidades y los medios de satisfacerlas; porque en muchas cosas somos cuales nos hicieron nuestros abuelos. La razon de lo presente está en un pasado, que no pueden cambiar una batalla, un decreto, ni una revolucion; y quien de él prescindiera, solo podrá fundar constituciones inaplicables como la de Rousseau para Polonia ó la de Locke para la Carolina.

Quando el espectáculo de la humanidad se desenvuelve á nuestros ojos en un lienzo, cuya variedad presta al estilo animacion y colorido, cuya grandeza le da majestad; cuadro donde el historiador, conociéndose llamado á ser intérprete de los hechos, narra á sus contemporáneos con dignidad sencilla y respetuosa las glorias, los infortunios, los crímenes y las virtudes de los antepasados, siguiendo entre los contrastes de la ignorancia, de la vanidad, del fanatismo, de la tiranía, los progresos de la civilizacion, con celo, con la ingenuidad propia de la razon, tan ajena del insulto del impío, como de la credulidad del supersticioso; atreviéndose á desagradar á los vivos y arrostrar la indiferencia ó las pasiones contemporáneas, sin profesar nunca la mentira útil, ni omitir la verdad que proporciona amigos tibios y ad-

versarios impetuosos; cuando de este modo, repito, contemplamos el espectáculo de la humanidad, ¡qué de goces sublimes y de instruccion social no se abren á nuestra vista! Y ¿cómo no ha de cobrar fuerza y vigor la literatura, que tal vez se ha creído debilitada por haberse mostrado con demasiada frecuencia frívola, locuaz y rencorosa, cuando su intencion se dirija á conmover y á inflamar el pensamiento, á corregir y á emancipar la voluntad? Quando el historiador, penetrado de íntima conviccion y de profunda simpatía hácia la clase mas numerosa y mas descuidada, comunique á la idea y á la palabra ese poder que atrae la atencion de las gentes, se desterrará la triste costumbre de hojear las páginas sin meditarlas, de buscar lo brillante y lo agradable con preferencia á lo que es bueno y útil, y desaparecerá esa nulidad mental que acepta sin exámen, critica ó elogia segun ha oido criticar ó elogiar, y tiene aversion á todo trabajo y repugnancia á todo lo que lleva el sello de la verdad y de la franqueza.

Justo es, por tanto, que el oficio de historiador se haya atraído aquella veneracion y revestido de aquella santidad que la poesia logró en los tiempos anteriores.

Pero en este sacerdocio de las naciones, en este sublime cultivo del bien, de la belleza, de la verdad, como en todas las cosas, varía el modo segun las épocas y las opiniones. En un principio, la Historia no se escribe, se hace; en los primeros tiempos todo se atribuye á los dioses y luego á los héroes; y los mitos que nos descubren la índole de un pueblo, constituyen la historia nacional tal cual el genio la ha concebido, esté de acuerdo ó no con los hechos. Semejante método se reproduce en la cuna de las sociedades modernas; así Orlando, á quien apenas nombra Eginardo, viene á ser para los pueblos un héroe en relacion con su estado social y sus inclinaciones; así la aventura de Guillermo Tell reaparece bajo distintos nombres en Saxo Gramático, antiguo cronista escandinavo; así los Abencerrajes y los Zegries, tema continuo de los romances españoles, pero ni aun mencionados por la Historia, muestran bajo su verdadero aspecto la lucha entre moros y cristianos. Estudiando estas alteraciones una mente sagaz, halla la clave de los mitos de Hércules, de Teseo y de Brama; y quien desear seguir los cambios repentinos de la historia de Alejandro y de Carlo Magno, aprende á leer mejor las expediciones de Nino y de Sesóstris, ó la lucha entre el patriciado y la plebe, representada por los símbolos históricos de Roma primitiva.

Consérvanse estas tradiciones bajo la forma poética, y trasmitidas de padres á hijos con todos los errores propios de una generacion jóven, sin conexion de causas ni de efectos, sin pensar en una instruccion elevada, son oídas con la atencion que el árabe del desierto presta aun hoy dia á las relaciones de los ancianos,

Métodos
históri-
coa.Historia
fabulo-
sa.

y por tanto tienden á excitar la curiosidad con lo maravilloso, halagando la vanidad de las naciones y de las familias, y fomentando las creencias vulgares. Tal se nos muestra en su origen la historia de todos los pueblos, á excepcion de aquel á quien le fué dictada por Dios mismo; y los millares de siglos con que los Indios y los Chinos llenan sus memorias, léjos de probar la antigüedad del género humano, prueban por el contrario lo jóven que es todavía cuando no há mucho se deleitaba con tan pueriles entretenimientos.

Poética es esencialmente la historia del grande Heródoto, amigo de la verdad, pero crédulo, atento á formar una epopeya de interes bien sostenido, de partes proporcionadas, de galanos ornamentos, cuyo héroe es la Grecia, y delante de la cual el resto de la humanidad pierde toda su importancia. Heródoto, y los que inmediatamente le siguieron, habian leído poco, no hacian gran uso de la crítica, citaban con vaguedad, y observaban casi únicamente sus ciudades y las relaciones de estas con la confederacion helénica; pero buscaban una erudicion que no se alcanza en los libros, viendo con sus propios ojos y transmitiendo á sus lectores la impresion que en ellos habian excitado los lugares recorridos. Y aun cuando se parecen á los que copian los jeroglíficos sin comprenderlos, interpretándolos á su capricho, y á veces copiándolos mal, todavía en ellos, como en los navegantes del siglo XV, nos place examinar de qué modo vieron las cosas los primeros que las vieron.

Á la manera que los poemas de Homero determinaron la forma de las epopeyas sucesivas, los aplausos dados en Elide al padre de la Historia, movieron á sus sucesores á imitar á aquel primer historiador en el plan, en las formas y en el estilo. Desde Tucídides hasta Amiano Marcelino encontramos anales, vidas, comentarios de mérito diverso y aun eminente; pero todos sin conexión en el pensamiento, no dirigidos á representar tales como fueron una nacion, un siglo, un héroe, los desastres y las conquistas del género humano y de la libertad. De aquí resultó que Aristóteles pusiese la Historia un grado mas abajo que la poesía, como un arte que se contentaba con encontrar un hecho, verdadero ó falso, que le diese materia para desplegar todo el lujo de la retórica y del estilo. Heródoto dice que escribe *á fin de que no se pierda la memoria de las grandes y maravillosas hazañas*; Tucídides porque cree la guerra del Peloponeso mas digna de recuerdo que todas las anteriores; Tito Livio prescinde de las particularidades que cree no poder tratar espléndidamente, y se detiene donde encuentra lugar oportuno para una descripción ó para una arenga; y Justino elogia á Trogo Pompeyo, porque proporcionó á los Latinos la comodidad de leer en su lengua las empresas de los Griegos. Verdad es que la narracion de Polibio,

hombre juicioso y de experiencia, mas atento á instruir á sus lectores que á presentarse ante ellos con buenas formas literarias, se halla salpicada de juiciosas observaciones, con cuya imitacion se esforzó Salustio en remontarse de los efectos á las causas: verdad es que Ciceron llamó á la Historia *la maestra de la vida*; y que Caton, Varron y Dionisio de Halicarnaso se dedicaron á investigar los orígenes, y trataron de descifrar las antigüedades; mas no por eso salieron del camino trillado, ni depusieron el egoismo de las sociedades de su época, ni extendieron sus miras mas allá de los hechos parciales, ni subordinaron la forma al pensamiento. Nada diré de Suetonio, incansable rebuscador de anécdotas; pero Plutarco mismo, ecléctico en erudicion, en moral, en estilo, que hasta en su sencillez ofrece muestras de ser fruto de una sociedad decrepita, ¿nos dará por ventura á conocer completamente á Solon, Arato y Pompeyo? Tácito, á quien la indignacion daba ingenio para penetrar las acciones y sus causas, presenta en toda su desnudez los personajes y los hechos; pero en vano se le pregunta por las leyes, las costumbres, las artes, la religion, en suma, por lo que constituye el carácter de un pueblo. Sus nociones, exactas, pero inconexas é incompletas, no nos bastan para comprender el espíritu del gobierno imperial; fijos sus ojos tan solo en Roma, ignora enteramente las costumbres y hasta la geografia del Asia; deplora la desaparicion de la república, sin ocurrírsele que ha sucumbido irreparablemente bajo sus propios golpes; ve aparecer una secta de Nazarenos, hombres libres de los vicios que á los demas echa en cara, pero la confunde con las sectas de los astrólogos y de los magos; narra las persecuciones que padecen, sin que trate de averiguar si son ó no justas y sin conocer que la religion de Numa perece y que el mundo ha llegado á la madurez necesaria para una regeneracion. En una palabra, el arte era el ídolo perpetuo de éstos escritores antiguos, y sus discursos, tan bellos como poco naturales, debian amenizar la narracion y suplir para el historiador la falta de la ya muda tribuna. De aquí el que se abandonasen á la erudicion los rasgos verdaderos de las costumbres, los pormenores mas minuciosos é interesantes, y cuanto forma la parte mas pintoresca de la Historia. Tito Livio ni aun hace mencion de los tratados de comercio entre Roma y Cartago; y Tácito jamas se habria decidido á intercalar en sus narraciones la pintura de las costumbres germánicas.

De este modo, preparando el historiador un incentivo en vez de severas lecciones, no advierte el perfeccionamiento de la especie por medio de los padecimientos del individuo; sofoca el sentimiento de benevolencia universal para dar lugar al amor de la patria, y vitupera en el bárbaro lo que aplaude en el griego y en el romano. Por su parte el lector, contentándose con las pompas retóricas y con los adornos artificiales, se habitúa á considerar mas lo es-

pléndido que lo verdadero, á separar entre sí las ideas de lo bello y de lo bueno, á preferir la fuerza desordenada que se precipita á la regular que persiste; y así se fomenta esa simpatía en favor de los hechos afortunados, que es dote peligrosa de la naturaleza humana.

Al declinar la grandeza de Roma, no aparecieron mas que compiladores y abreviadores; y la posteridad, apreciando mal el valor de los libros, dejó perecer á Tácito y á Tito Livio, mientras conservaba á Floro y á Eutropio. Despues, cuando los vicios interiores y las invasiones extrangeras derribaron el imperio, la Historia, en profundo silencio, como el que sucede en la naturaleza al estallido del rayo, no halló una voz para referir el mayor acontecimiento de la antigüedad.

Sin embargo, mientras los Bizantinos del Bajo Imperio se empeñaban en modelar, segun las formas antiguas, sentimientos y hechos nuevos; mientras que á fuerza de artificios obtenian por resultado hacerse inútiles y enfadosos, en Occidente, la Historia, como todos los demas estudios, se refugiaba en los claustros: situacion ciertamente oportuna para contemplar los hechos desde un punto de vista seguro y elevado, pero en la cual, atendida la universal ignorancia, apenas podia esperarse que sobresaliese un genio capaz de abarcar en conjunto aquel movimiento tan variado y de distinguir los pormenores accidentales de cuanto mereciese ser transmitido á la posteridad. Escribiendo los mas para un monasterio y para sus hermanos de religion, se limitaban á hechos parcialísimos: hombres de buena fe, pero de ruda comprension, refirieron lo que veian, pero lo vieron mal; y el estado general de la nacion, las costumbres, los usos, eran cosas tan naturales para ellos, que ni soñaron que valiesen la pena de ser recordadas.

Cronistas.

Así, la época en que la humanidad caminó con paso mas resuelto, careció de historiadores; y la importancia del restablecimiento del imperio de Occidente, de las cruzadas, y de la creacion de los municipios, ni aun fué comprendida por los mas perspicaces; de donde resulta que nos hallamos sin datos para resolver el complicado problema de nuestra situacion actual. Las persecuciones, las herejías, los bárbaros no habian dejado tiempo al Cristianismo para innovar los estudios como innovaba el espíritu de la sociedad, por lo cual aquellos toscos escritores conservaron la forma pagana, la filosofia de Aristóteles y la veneracion á los clásicos. De suerte que en medio de su rudeza, cuando alguna vez abandonaban la aridez de la crónica, era para retroceder al método antiguo, á la dignidad ficticia, á floridas arengas, á descripciones de batallas, á juicios modificados por los recuerdos de Roma y de Atenas.

Pero si la infancia de los idiomas nuevos, la decrepitud de los antiguos, la moral preocupada y la política estrecha eran para ellos otras tantas trabas, ¿cuán interesantes les hace aquella

fidelidad clara y sencilla con que exponen sus opiniones y las de su tiempo! Importa, pues, estudiar en ellos al narrador mas que la narracion, y ver en los mas antiguos el temor de una tempestad que cada vez se anuncia mas amenazadora, el sentimiento irracional de la pérdida de lo pasado; luego, desde el año 1000, la complacencia con que saludan una nueva era, y últimamente la credulidad desapiadada de los que refieren los hechos de las cruzadas « por la necesidad de recordar á los hombres lo mucho que padecieron los guerreros en su gloriosa conquista. » En Villehardouin, en Joinville, en Froissart, en Holingshed, en Paris y en los cronistas españoles, se encontrará el verdadero espíritu de las guerras santas y de la caballería, así como en Dino Compagni, en Jamsilla y en los Villani, se encuentra la condicion de nuestros municipios. Á veces la importancia de los hechos los remonta casi instintivamente hasta lo sublime, y les hace despedir resplandores que ayudan á los talentos privilegiados á descubrir por medio de justas inducciones preciosas verdades; cuanto mas que el sentimiento religioso que en ellos predomina, eleva á algunos sobre los intereses de un momento y de un país, y les da una medida mas generosa para apreciar la justicia y los padecimientos. Así, en su sencilla ignorancia son mucho mas vigorosos que los decrepitos trabajos escolásticos de los Bizantinos y las crónicas orientales, en que el hombre se muestra frívolo é incompleto, sin tener jamas un pensamiento que revele lo íntimo del corazón humano, ni las alteraciones sociales, ni las grandes razones del bien y del mal.

Estos primeros pasos daban motivo á esperar que tornando á mejores estudios, llegaria á constituirse una forma de historia original; pero la toma de Constantinopla inundó la Italia y la Europa de preceptistas, á quienes algunos se obstinan en llamar renovadores de la cultura en el país que ya habia producido á Dante, Petrarca y Boccaccio, mientras que en realidad no hicieron mas que imprimir al espíritu humano un movimiento retrógrado, y poniendo trabas á la inspiracion, reducir á imitacion todo el saber.

Entonces, así como la poesía y las bellas artes, que habian ya creado la *Divina Comedia* y las catedrales, renunciaron á la sencillez, á las ideas y á las formas nacionales y cristianas, para hacerse nuevamente griegas y latinas, del mismo modo la Historia retrocedió hasta imitar á los antiguos. No hay mas que examinar los primeros historiadores italianos y extrangeros, y se les verá contaminados por la imitacion en la forma, al paso que la escasa crítica en la apreciacion de las fuentes y el atender solamente á los hechos estrepitosos, no sospechando siquiera la existencia de la parte interna, verdaderamente instructiva, los ponen en un lugar mas inferior respecto de la composicion. Las vicisitudes del gobierno y del poder, que no se alteran solo con los cambios exteriores, las costumbres y las

Historiadores clásicos.